

La meta es la plenitud del amor

*“Conozco tus obras. Tú no eres ni frío ni caliente. Ojalá fueras frío o caliente. Pero porque eres tibio, y no eres ni frío ni caliente, te vomitaré de mi boca”
(Ap 3,15)*

P. Ricardo E. Facci

La meta del hombre es el amor, esto hace que todo lo podamos mirar desde una óptica trascendente, motivados por grandes ideales. Pero, en muchas oportunidades la mediocridad traiciona. Esta ha sido una de las grandes lacras del cristianismo a lo largo de la historia. La tibieza y la mediocridad han asechado siempre el espíritu humano. La Sagrada Escritura fustiga, con expresiones durísimas, esta actitud. El Señor manda escribir estas palabras a la Iglesia de Laodicea: “Conozco tus obras. Tú no eres ni frío ni caliente. Ojalá fueras frío o caliente. Pero porque eres tibio, y no eres ni frío ni caliente, te vomitaré de mi boca” (Ap 3,15). Dios no quiere corazones que le amen a medias ni de modo indiferente. Él nos ha creado para el amor y no quiere que el amor se corrompa con la tibieza. El evangelio ilumina la conciencia hacia una mayor perfección, un mayor amor. En cualquiera de sus páginas, encontramos palabras que no nos dejan indiferentes, que espolean el corazón, que lo penetran como esa espada de doble filo de que habla la carta a los Hebreos: “la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que cualquier espada de doble filo; ella penetra hasta la raíz del alma y del espíritu, de las articulaciones y de la médula, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Heb 4,12).

El Papa Juan Pablo II cuestionaba al inicio del milenio “una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religión superficial” (Novo Millennio Ineunte, 31). Puso el dedo en la llaga al señalar a los cristianos el peligro de la mediocridad, de una ética que se conforma con lo mínimo indispensable para vivir con la conciencia más o menos tranquila y una religiosidad superficial, satisfecha con ciertos ritos o con ciertas expresiones de devoción, pero que no transforma el corazón humano. La tentación que está detrás de esta actitud es la de vivir una ética y una religión “burguesa”, es decir instalada, que permiten vivir sin complicaciones, sin causar grandes sobresaltos, sin tener que hacer grandes decisiones, sin apostar decididamente por la causa de Cristo y del evangelio. Esto conlleva una vida superficial, incapaz de lograr un adecuado discernimiento a la luz de la fe, de los acontecimientos de la vida y de las familias. La sociedad actual, tan hedonista y materialista en tantos aspectos, no entiende a quienes toman en serio la lucha contra la mediocridad, quienes se apasionan por la causa del evangelio. Pero, ¿cómo vivir sin pasión la causa de Cristo y de su Iglesia? ¿Cómo es posible que el verdadero amor no sea apasionado? No debe ser ni ciego ni irracional, pero el que verdaderamente ama no da sólo una parte de sí, se da todo entero a la persona amada.

El Papa nos propone el camino de la radicalidad evangélica, de ser totalmente de Dios, de amarlo con todo el corazón, de no ser tibios, de superar los comportamientos fáciles con el mundo.

Para vivir en esta actitud, para superar la mediocridad, el único camino que existe es el del amor. Quien ama, busca lo mejor para el amado; busca dar lo mejor de sí mismo. Esto puede crear exigencias fuertes, sacude nuestra indolencia, nos pone en camino, en marcha continua, en la búsqueda constante de lo mejor, de lo más perfecto, de lo más noble, de lo más santo. Es el camino del amor auténtico el que nos ayuda a superar una ética minimalista y la religión superficial, porque el amor verdadero, tanto en su dimensión vertical (a Dios) como horizontal (al hermano), está siempre orientado hacia la lógica del mayor y más perfecto don de sí mismo.

Debemos luchar por el peligro de instalarnos, de aburguesarnos, de celebrar la mediocridad creyendo que estamos en lo mejor del camino. Hay que contrarrestar el peligro de creernos 'buenos' o 'salvados' por algún acto más o menos interesante que hemos logrado. Hay que darse todo. El Señor es muy claro: todo o nada, a medias no quiere a nadie. Para el 'nada' ya no tenemos espacio, nos queda una sola opción: todo. "Todo tuyo".

Oración

Señor Jesús,
nos has enseñado a jugarnos el todo por el todo,
Tú lo hiciste, nos diste el ejemplo.
¿Por qué nosotros actuamos buscando las medianías?
¿Por qué nos aferramos a la mediocridad, a la superficialidad,
a la postura cómoda del estar instalados?

Ayúdanos a lanzarnos en la búsqueda del gran ideal del amor,
la medida la diste Tú: la cruz.
La entrega total por el amado.
Que nos demos por entero a Ti,
que jamás retaceemos la entrega a los demás.
Que podamos entender que es "todo o nada",
Perdón, "todo o todo". Danos la gracia. Amén.

Trabajo Alianza

1. Como cristianos, ¿somos tibios, mediocres y superficiales?
2. ¿En qué notamos la mediocridad de nuestra vida?
3. Si no experimentamos la mediocridad en nuestras vidas: ¿cuáles son las fortalezas que no nos dejan caer en la mediocridad y la superficialidad?
4. Realizar un propósito que nos ayude a crecer en el amor vertical y horizontal hacia el "todo o todo".

Trabajo Bastón

1. Realizar un análisis de nuestra sociedad para descubrir rasgos concretos de mediocridad.
2. Ahora, hagámoslo con nuestras familias y comunidad.
3. De todo lo señalado, ¿qué nos preocupa más?
4. ¿Qué elementos positivos encontramos que nos pueden ayudar a superar lo anterior?
5. ¿Cómo ayudarnos en nuestra comunidad para superar las medianías y poder así lanzarnos al amor pleno y total, sea tanto a Dios como al hermano?